

# MISISSIPI

Por JOAQUIN MONTANER

Claro y sencillo en la remota cuna;  
brote de luz del milenarío pecho,  
brezó tus sueños la constante luna,

y el sol quemó las randas de tu lecho.  
Creciste fuerte, indómito, seguro.  
Cuando España te vió, ya estabas hecho;

y rompiendo la espalda de tu muro  
sonabas con violas y metales  
el alegre mayor de tu futuro.

Verdes óboes de cañaverales;  
compases de remansos entre los pinos;  
arpas en los alivios musicales

de los inmensos lagos cristalinos;  
y orquesta plena en saltos y quebradas  
y en las espumas de los remolinos,

mas peinando horrruras enredadas  
hacia la nada de la mar, en donde  
se pierden al morir todas las nadas.

Pero la encina que en su nudo esconde  
la sangre del heroico navegante  
que desde sus raíces te responde,

cambió la plenitud de tu semblante  
y enriqueció tus linfas generosas  
llevándolas al orto de levante.

Ya tuvieron tus aguas rumorosas  
espíritu, y honor, y eternidades;  
ya latían las tierras angustiosas

consignos de preñadas tempestades  
que abrían las bocas de sus grietas  
para parir regiones y ciudades.

Y al proclamar las cajas y trompetas  
que Francia por su Rey te poseía,  
y ensalzaron tu nombre sus poetas,

tu honor, hecho torrentes de armonía,  
negó a las lises las soberbias olas,  
porque en la esencia de tu ser vivía

la fe de dos mil vidas españolas,  
y aun lucía en tus noches consteladas  
el halo de sus limpias aureolas.

sobre la antigua cruz de sus espadas.  
Y el parto llegó al fin: se obró el portento.  
Por manos de Occidente levantadas,

de Europa el corazón y el sentimiento  
surgieron factorías industriales,  
y pueblos y comarcas ciento a ciento.

Ojos criollos, brazos tropicales,  
labraron la abundancia en tus orillas,  
y acrecieron cosechas a ráudales.

suyo el trabajo, nuestras las semillas.  
Otras pasiones, otro noble brío;  
otra razón de ilustres maravillas;

otro calor humano, y otro frío,  
y otra fiebre de lucha y de riqueza,  
han hecho al fin de ti, sagrado río,

la blanca vía que en el cielo empieza  
y parte en dos cuarenta y ocho Estados  
que le dan su grandeza a tu grandeza.

Desde mis viejos lares olvidados  
oigo el estruendo gris de los motores;  
chasquidos de tirantes engrasados,

gemidos de mecánicos dolores,  
de ruedas, y de cabrias, y bobinas,  
y sirenas de mágicos vapores,

y dínamos, cadenas y turbinas.  
Un mundo de locura, un mundo nuevo,  
que ahuyenta a mis humildes golondrinas.

Esto has venido a ser; mas yo te llevo  
tan dentro de mi historia en lo que eras,  
que quisiera olvidarte y no me atrevó;

porque aturden voces extranjeras  
en tus márgenes vivas, me parece  
que en mi lengua has de hablar hasta que mueras

Si no, será mejor que lloré y rece.  
Pero me llega en clamoroso andante,  
donde el épico orgullo se emtravece,

tu misteriosa voz alucinante  
que llevó a nuestros hombres a lo ignoto,  
de la mano de Dios, hacia adelante,

y entiendo que ese bárbaro alboroto  
con que tu grito en mi emoción se entraña  
me va diciendo: ¡Soto!, ¡Soto!, ¡Soto!

y yo contesto: ¡España!, ¡España!, ¡España!



LORENZO CONI.